

## 15. El miedo de la responsabilidad

El miedo no se esconde en lo que nos amenaza, sino en nosotros mismos; es un sentimiento que asalta al yo, que lo pone de pantalla ante la realidad que lo llama. La realidad, y Dios a través de la misma, llama al yo a salir, llama al yo a responder, a mostrarse, como cuando después del primer pecado el Señor viene al jardín a llamar a Adán: «El Señor Dios llamó al hombre y le dijo: “¿Dónde estás?”. Respondió: “Oí tu voz en el jardín: tuve miedo, porque estaba desnudo, y me escondí”» (Gén 3,9-10).

El miedo es algo que cambia el sentimiento sobre uno mismo, el sentido del yo: “Tuve miedo, porque estaba desnudo”. No es la falta de vestidos lo que le hace sentirse desnudo a Adán, porque hasta ahora ni siquiera se había imaginado que el cuerpo tuviese que estar vestido. Es el miedo que le da un sentimiento sobre sí mismo que tiende a esconderse, a no dejarse ver, a no *presentarse*, a no decir “¡Yo!” en el momento en el que Dios le llama. Adán tiene miedo de la responsabilidad a la que está llamada su persona.

En el mismo capítulo XXIII de *Los novios*, ciertamente el más conmovedor de toda la novela, hay otra persona que sale del gentío múltiple, pero para volver a encontrar un “yo” responsable: el Innominado. Cuando sale de su castillo para encontrarse con el Cardenal Federigo Borromeo, primo de san Carlos, es porque se ha dejado despertar por una llamada misteriosa a desear una libertad que jamás ha experimentado. La llamada le alcanza a través de su corazón inquieto, a través del encuentro con Lucía, del sonido festivo de las campanas que le llega desde el fondo del valle, del ver moverse a la gente para ir al encuentro con el Cardenal.

Cuando llega a la casa del cura del lugar, allí donde se aloja el Cardenal Federigo Borromeo, la pequeña multitud de sacerdotes reunidos en la antecámara le acoge con miedo, y lo aísla:

«El capellán se fue, diciendo para sí: “No hay remedio: estos santos son todos obstinados”. Abrió la puerta y, asomándose a la estancia en que estaban el señor y la tropa [*fijémonos que el grupo de sacerdotes se ha convertido en una “tropa”, como si fuesen ellos los delincuentes y no el Innominado*], vio a estos apretados a un lado [*están encerrados en el miedo*], susurrando y mirando de soslayo al otro, al que habían dejado solo en una esquina. Se dirigió a él y, mientras lo escudriñaba como podía, con el rabillo del ojo, iba pensando qué diablo de armas podía tener escondido bajo aquella casaca y que, la verdad, antes de admitirlo, debería proponerle al menos... pero no supo resolverse [*el miedo al otro nos hace creer siempre que está armado contra nosotros, que todo el peligro está en él; baste con pensar en cómo hoy en los aeropuertos, y en todos los lugares públicos, estamos en alerta para descubrir eventuales terroristas en las personas que tenemos alrededor*]. Se acercó a él y dijo:

—Monseñor aguarda a su señoría. Haga el favor de acompañarme. Y, precediéndolo entre aquel pequeño gentío [*siempre vuelve este término*] que se abrió de golpe, iba dando a izquierda y derecha ojeadas que significaban: «¿Qué queréis? ¿No sabéis

también vosotros que [el Cardenal] hace siempre lo que quiere?» (Nos parece escuchar aquí ciertos comentarios sobre el Papa Francisco...).

Y, en efecto, el Cardenal tiene una identidad, es un “yo” que no teme, que *es*, y que por esto está abierto, sin defensas, desarmado ante la realidad, a la llamada que Dios le sugiere a través de las circunstancias y de los encuentros: “Apenas admitido a su presencia el Innominado, Federigo le fue al encuentro con la faz solícita y serena, y los brazos abiertos como hacia una persona deseada”.

Y Federigo confiesa al Innominado que su venida, aun siendo una alegría, la siente como un reproche. Porque se da cuenta que tendría que haber respondido él el primero a la llamada de la caridad pastoral, que desde hacía tiempo aquel hombre era para él, su Obispo:

“-¡Oh! -dijo-. ¡Qué preciosa visita ésta! Y cuán agradecido debo estaros por tan buena resolución, por mucho que para mí tenga algo de reproche.

-¡Reproche! -exclamó el señor asombrado, aunque dulcificado por aquellas palabras y aquellas formas, y contento de que el cardenal hubiese roto el hielo e iniciado un discurso cualquiera.

-Cierto, debo reprocharme – siguió éste – que me haya dejado adelantar por vos, cuando, desde hace tanto, tantas veces, habría debido yo ir a visitaros.”

No me resisto a citar otro fragmento de este capítulo de *Los novios*, en el que Manzoni dibuja el encuentro entre un “yo” que está renaciendo a su propia identidad de deseo del bien, de lo bello, de Dios, es decir, un “yo” redimido, y la autoridad de un “yo” en plena madurez responsable de la caridad, una madurez del yo que es fecunda, que genera el yo del otro. La identidad de Borromeo educa la identidad del Innominado, de este hombre sin nombre, sin identidad, que está lleno de odio y de vergüenza hacia sí mismo, aislado por el miedo que ha sembrado a su alrededor. El Cardenal *educa* en el sentido etimológico del término: *e-ducere*, conducir fuera, hacer salir el yo del encerramiento en sí mismo.

“Los dos que se habían quedado permanecieron un poco sin hablar, y suspensos de distinta manera. El Innominado, que se había visto como llevado allí por la fuerza de un desasosiego inexplicable, más que conducido por un designio determinado, estaba aún como por la fuerza, atormentado por dos pasiones opuestas; de una parte, el deseo y la esperanza confusa de encontrar alivio al tormento interior; de la otra, la rabia, la vergüenza de llegar allí como arrepentido, como sometido, como miserable a confesar una culpa, a implorar a un hombre; y no encontraba palabras, ni casi las buscaba. Pero, alzando los ojos al rostro de aquel hombre [*lo que nos saca de la maraña de sentimientos y de ideas que el orgullo y el miedo cultivan en nosotros es siempre un encuentro, encontrar al otro, salir de nosotros para vivir en relación, incluso solo con una mirada, descubriendo que estamos en la mirada de quien nos ama, de quien ama nuestra verdadera belleza*], se sentía cada vez más penetrar por un sentimiento de veneración imperioso y dulce que, aumentando la confianza, mitigaba el despecho y, sin tomar el orgullo de frente, lo abatía y, diré así, le imponía

silencio *[el hombre con verdadera autoridad, libera el yo de la máscara reductiva y sofocante del orgullo, infundiendo confianza en el otro, convirtiéndolo en hijo que se deja engendrar por un padre]*. La presencia de Federigo era, de hecho, de las que anuncian superioridad y hacen amarla *[es justamente la autoridad de un padre, de uno que engendra la verdad de nuestro yo, el antídoto tanto del autoritarismo moralista como del anti-autoritarismo del 68]*. El porte era de natural mesurado y casi involuntariamente majestuoso, ni encorvado ni emperezado un punto por los años; la mirada grave y vivaz, la frente serena y pensativa; con la canicie, en la palidez, entre los signos de abstinencia, de meditación, de fatiga, una especie de lozanía virginal *[la virginidad es la belleza fecunda de quien ama sin poseer, sin consumir al otro, sino dándole la existencia, el ser uno mismo, como otro, como identidad irreductible a nosotros mismos]*: todos los rasgos del rostro indicaban que, en otras edades, había habido eso que se suele llamar más propiamente belleza; *[pero Manzoni se apresura a enumerar los factores y las experiencias que educan y forman una belleza mucho más profunda y consistente:]* el hábito de pensamientos solemnes y benévolos *[son los pensamientos conforme a Dios que Jesús pide a Pedro]*, la paz interior de una larga vida, el amor por los hombres *[el amor por el hombre en cuanto hombre; el asombro y la estima ante lo humano]*, la alegría continua de una esperanza inefable *[la alegría continua, por tanto constante, de cada momento, porque el corazón no consume el objeto de su gozo, sino que lo posee en el deseo de la esperanza inefable, de una esperanza que no se puede expresar con las palabras, y que en consecuencia te llena de silencio]*, la habían sustituido con una, diría casi, belleza senil, que destacaba aún más en aquella magnífica simplicidad de la púrpura”.

¡Cuánto necesitamos del genio y de la inspiración de páginas como ésta! Precisamente para volver a encontrar un sentido de nuestro yo, del yo de cada hombre, que no esté mortificado, alienado, censurado, enmascarado por falsos modelos de identidad con los que estamos siendo bombardeados, de los que está lleno el aire, como cuando pasa una nube tóxica que no se ve, pero que entra en nosotros ¡y hace enloquecer nuestras células para llevarnos a la muerte de lo humano!